

M.^A TERESA AMARÉ TAFALLA. IN MEMORIAM

Gigantes de cabelleras canas
velan su descanso eterno

ANALES
DE ARQUEOLOGÍA
CORDOBESA
NÚM. 21-22 (2010-2011)

Nos toca hoy, de nuevo, ofrecer la semblanza de un compañero desaparecido, con un doble agravante que lo hace aún más doloroso: su muerte extremadamente prematura y su condición de discípula y amiga. Ambos aspectos cubrían de alguna manera todo el espectro personal y académico, y añaden un componente importante de ausencia y dolor a su pérdida.

Maite Amaré fue uno de esos casos de vocación temprana e inquebrantable, capaz de vencer cualquier tipo de obstáculo a base de coraje, tesón y carácter, tres virtudes de las que estaba sobrada, aunque a veces acabara esclava de ellas. Estudiante metódica y modélica, autoexigente y disciplinada hasta la extenuación, cursó sus estudios universitarios durante la segunda mitad de los setenta en la Universidad de Zaragoza, donde tomó ya contacto con uno de nosotros (MMB), integrándose desde primera hora en la vida del Departamento y los derroteros académicos de su maestro, al que seguiría por diversas ciudades hasta forjar, en poco tiempo, los mimbres de su propio destino.

A poco de finalizar su carrera, recaló de nuestra mano por la universidad cordobesa. Eran tiempos en los que todavía se podían abrir caminos, todavía no estaba todo trillado. La Universidad de Córdoba, de reciente creación su Facultad de Filosofía y Letras, antes Colegio Universitario, acogía por primera vez a un profesor numerario de Arqueología, es decir permanente, en la categoría de agregado, antesala natural de la cátedra, que trasladó a la antigua capital de la Bética su propia concepción de la ciencia, haciéndose cargo de un yacimiento local de enorme simbolismo que durante varios años se convertiría en laboratorio de formación y cantera de profesionales: Ategua.

Desde el Valle del Ebro al del Guadalquivir nos trasladamos con armas y bagajes; no era poco ni malo el cambio, acompañado de aquellos fieles que quisieron verificar por sí mismos, entre ellos Maite Amaré, si las temperaturas, tanto invernales como estivales de la Campiña cordobesa eran parangonables entre los valles de los dos grandes ríos. Allí empezó la aventura vital y profunda de

la creación de un equipo y de un grupo de amigos; porque entre aragoneses y andaluces se forjó una amistad que aún perdura y que sólo el destino es capaz de truncar a veces con su caligrafía incomprensible.

El despoblado de Santa Cruz, las cenicientas tierras de Ategua, que tan señero papel desempeñó en los derroteros finales de la República romana -alimento de una más de las múltiples fases que conforman su riquísima estratigrafía-, nos sirvieron, pues, para tomar contacto con la realidad arqueológica del Valle Medio del Guadalquivir y formar a alumnos y licenciados de las dos Universidades implicadas en el proyecto: Córdoba y Zaragoza. Allí empezó su andadura en la arqueología de campo el otro firmante de esta necrológica (DVG), que tuvo el privilegio de aprender sus primeras nociones de la disciplina de la mano del mismo maestro que Maite, convertida ella misma, junto a compañeros inolvidables que hoy seguimos compartiendo carrera y amistad (Jesús Liz, Miguel Cisneros, Carmen Guiral, José Luis Jiménez, José A. Mínguez, Julio Núñez,...), en guías privilegiados con los que andar los primeros pasos, modelos inmejorables en lo profesional y también en lo personal. Todos ellos, porque nosotros sólo servimos aquí como portavoces del sentir general, pedimos ahora un recuerdo para Maite, por lo mucho que nos aportó a nosotros, pero también por lo que ha representado para la Arqueología española.

Maite empezó investigando sobre luccernas romanas, y en este campo abrió, con trabajos con los que coronó además su formación académica de alto nivel, una línea de investigación novedosa e importante en nuestro país y se convirtió en referencia in-

ternacional. Hoy, esos pequeños objetos, tan ricos en aspectos técnicos, funcionales y también ideológicos, preñados como están de contenido y simbología, son, junto a yacimientos en los que se dejó siempre un poco de sí misma, como *Ategua*, *Bilbilis* o *Asturica Augusta*, un buen telón de fondo para el recuerdo y la añoranza por quien se ha ido prematuramente. Todo ello fue incrementando su curriculum hasta que, finalmente, a principios de los años noventa, ganó una plaza de Profesora Titular de Arqueología en la Universidad de León. Allí desarrolló desde entonces su docencia y su investigación y sacó adelante a su familia, hasta el mismo día de su súbita despedida. Una vida intensa, que la muerte, siempre traicionera y en muchos casos injusta, ha truncado antes de tiempo, privándonos de su amistad y de su ejemplo.

Si quieren la opinión de su primer maestro, fue una excelente persona, puntillosa hasta el desconcerto, de una afectividad irrenunciable por aquéllos que sentía cercanos, de una gran personalidad que mantuvo conscientemente en un celoso círculo de proximidad para evitar contaminaciones extrañas. Así y mucho más era Maite para los privilegiados que compartimos muchas horas, días y años de su vida. La rapidez de su desencuentro con la vida ha sido cruel y dolorosa, sin posibilidad casi a dejarnos reaccionar, sin darnos tiempo siquiera a hacernos a la idea; eso tardará, pero mientras y luego nos quedaremos con la imagen positiva, con sus publicaciones pulcras y referentes obligados, con su concisión, con su carácter amable y duro al mismo tiempo, con la ternura que dejaba para los mas íntimos y con su ejemplo de orden, precisión y franqueza aragonesa.

Querida Maite, la Universidad española te echará de menos, pero por si ella no lo hiciera, porque ya sabes que nuestra voluble institución no se ha caracterizado nunca por su fidelidad ni por su grandeza de espíritu, lo harán en su lugar las lomas parduzcas de Ategua, los riscos sobrecogedores de Bilbilis, las murallas de Astorga. Ellas, y también nosotros, los que fuimos tus amigos. Tu vida, tu familia y tu obra hablan por sí solas, pero, por si hubiera alguna duda, ahí estamos quienes te conocimos de verdad, testimonio insobornable de cuanto aquí decimos.

Que la tierra te sea ligera, Maite, y que las más hermosas y duraderas de entre tantas lucernas como estudiaste en vida alumbren tu prematuro salto al Otro Lado, tu incursión imprevista en el mundo de la muerte. Nosotros: maestro, colegas, amigos, mantendremos siempre encendida tu llama en el bronce del recuerdo. Queremos que quede así constancia explícita de nuestro particular homenaje, garantía de memoria, sin duda, pero también, y sobre todo, símbolo de eternidad.

MANUEL MARTÍN-BUENO
DESIDERIO VAQUERIZO GIL